

IDENTIDAD VERDADERA

Luz de las Sombras

Hola, soy María y tengo catorce años. Sí, yo lo sé, yo lo recuerdo. El problema es que mi abuelo no lo recordaba. Tampoco recordaba que era su nieta. Mi abuelo tenía alzhéimer. Todas las historias que alguna vez me había contado, todos sus recuerdos, las personas que habían pasado por su vida, los conocimientos aprendidos, todo, se había borrado de su mente como si nunca hubiera estado. Poco a poco vi a mi abuelo, que me había cuidado, acunado, enseñado, querido, convertirse en un niño incapaz de recordar mi nombre.

Al principio, cuando los primeros síntomas aparecieron, no parecía grave, al menos no tan grave como lo que fue. Olvidaba sus citas o el nombre de algunas personas, pero solo parecían despistes. Cambiaba de humor muy fácilmente. Mi abuelo, que siempre había ido a por el pan, se negaba a hacerlo, y tampoco bajaba ya a jugar la partida con sus amigos.

Luego empezó a olvidar los sucesos recientes y se ponía agresivo. Por ejemplo, si perdía algo, creía que se lo habíamos robado. Esos eran casi los peores momentos para mí, porque mi abuelo nunca había sido agresivo.

Cuando esto sucedía, mi madre lo intentaba calmar como me habría calmado a mí de pequeña.

También hacía cosas sin sentido. Un día de enero lo encontré a la puerta de casa con una maleta mal cerrada y vestido como si fuera verano, diciendo que se iba a la playa. Con toda la calma que pude, lo lleve hasta su habitación. A partir de entonces tuvimos que vigilarlo las veinticuatro horas del día porque era un peligro para él y para nosotros.

Finalmente, llegamos a la última fase: la peor. El abuelo, que yo había conocido, había desaparecido completamente. No reconocía a ninguno. No reconocía ni a mi madre, ni a mi padre, ni a mis tíos, ni a mí. Aunque, como había dicho el médico, conservaba algo así como la “memoria emocional” y sabía, en cierto sentido, que le queríamos. No se acordaba de mí, pero siempre quería que yo le diera un beso, y cuando se lo daba, paraba de llorar. Porque ahora lloraba; lloraba y gritaba sin razón aparente. Ya no podía hacer nada solo, y de estar tanto tiempo en la misma posición le salieron llagas. En mi familia se fue instalando un ambiente de impotencia, no se podía hacer nada, no podíamos frenar la enfermedad. Nadie podía.

Aproximadamente dos largos años después del comienzo de la enfermedad, un caluroso día de agosto mi abuelo tuvo tal agitación que le provocó un

infarto y falleció. Fue entonces cuando lloré todo lo que no había llorado esos años.

Pasé esos dos años contándole historias que él me había relatado antes, enseñándole fotos, recordándole momentos que habíamos vividos juntos y que él había olvidado. Desde fuera podría parecer una tarde normal abuelo-nieta; pero ya no estábamos nosotros solos, ahora éramos mi abuelo, el alzhéimer y yo. Y ese nuevo acompañante era lo peor.

De todas formas y pese a lo reciente que tengo esos dos años, cuando pienso en mi abuelo, no pienso en el hombre atrapado en una silla incapaz de recordarnos, sino en el abuelo cariñoso que me había cuidado, acunado, enseñado y querido, porque ese era realmente mi abuelo. Esa era su verdadera identidad.